Aquel que fue abandonado

Bible Treasury

biblicom.org

Índice

0 - Introducción **3**

1 - La grandeza de Aquel que formula la pregunta **3**

2 - La paradoja del desamparo **3**

3 - La gran verdad del cristianismo **4**

4 - La respuesta al «por qué»: Cristo, nuestro sustituto **4**

5 - La consecuencia para el creyente: una paz inquebrantable **5**

6 - La resurrección y la exaltación de Cristo **5**

7 - El amor de Dios revelado en la Cruz **5**

0 - Introducción

En el Salmo 22 hay una expresión de un alcance profundo y admirable, una frase que no tiene equivalente en las Escrituras. He aquí: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué *me has desamparado*?»

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que una pregunta así nunca se había planteado antes; que nunca se ha vuelto a plantear desde entonces; y que nunca más se planteará una pregunta semejante. Es única en los anales de la eternidad.

1 - La grandeza de Aquel que formula la pregunta

Lectores, detengámonos un instante en esta frase. ¿Quién formuló esta maravillosa pregunta? Fue el Hijo eterno de Dios, Aquel que estaba en el seno del Padre antes de la fundación del mundo. El objeto del gozo infinito del Padre. Además, él mismo era Dios por encima de todo, bendito eternamente. El Creador de todas las cosas, el Sustentador todopoderoso del vasto universo. Por último, era un hombre –un hombre sin mancha, santo y perfecto– un hombre que nunca había pecado, ni podía pecar, pues no conocía el pecado. Y, sin embargo, al mismo tiempo, un hombre, un verdadero hombre, nacido de una mujer, semejante a nosotros en todos los aspectos, con una única excepción: el pecado. No había pecado en él; y, además, «no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca» (1 Pe. 2:22). Siempre hizo lo que agradaba a Dios. Desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, toda su vida estuvo en perfecta conformidad con la voluntad de Dios. No vivía más que para glorificar a Dios. Cada uno de sus pensamientos, cada una de sus palabras, cada una de sus miradas, cada uno de sus gestos, era un olor de una dulzura inefable que ascendía hasta el trono y refrescaba el corazón de Dios. En varias ocasiones, los cielos se abrieron sobre este Ser bendito; y la voz del Padre eterno dio testimonio de Él con estas palabras: «Este es mi amado Hijo, en quien tengo complacencia» (Mat. 3:17).

2 - La paradoja del desamparo

Fue, pues, él quien planteó esta pregunta. Fue él quien dijo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (vean Mat. 27:46). ¿Y es realmente cierto que un Ser así haya sido desamparado por Dios? ¿Acaso Dios, en verdad, abandonó a su

Hijo único y amado? ¿Realmente apartó su rostro del único Hombre sin pecado, sin mancha y perfecto que jamás haya vivido en este mundo pecador? ¿Ha hecho oídos sordos al grito de Aquel que no había vivido más que para cumplir su voluntad y glorificar su nombre?

Sí, por admirable que pueda parecer, Dios hizo eso. Dios, que no aparta su mirada de los justos; cuyo oído siempre está atento al grito de los necesitados; cuya mano siempre está extendida para defender a los débiles y a los desamparados Él, sí, apartó su rostro de su propio Hijo amado y se negó, por un instante, a escuchar su grito.

3 - La gran verdad del cristianismo

Aquí tenemos un misterio profundo sobre el que no podemos detenernos mucho tiempo. En sí mismo encierra la esencia y la sustancia misma del Evangelio: la gran verdad fundamental del cristianismo. Cuanto más meditamos sobre las glorias de Aquel que formuló la pregunta –quién era él, qué era él, qué era en sí mismo y qué era para Dios– más vemos las maravillosas profundidades de esta pregunta. Por último, cuanto más consideremos a Aquel a quien se le planteó la pregunta, cuanto más conozcamos su carácter y sus caminos, más comprenderemos la grandeza y el valor de la respuesta.

4 - La respuesta al «por qué»: Cristo, nuestro sustituto

¿Por qué, entonces, abandonó Dios a su Hijo? Oh, lectores, ¿saben por qué? ¿Comprenden lo que esto implica para ustedes personalmente?

¿Pueden decir, desde lo más profundo de sus almas: "Sé por qué Dios abandonó a ese Bienaventurado"? Es porque él ocupó ese lugar por nosotros, se puso en nuestro lugar y cargó *toda* nuestra culpa sobre sí mismo. Fue hecho pecado por nosotros. Todo lo que éramos, todo lo que habíamos hecho, todo lo que nos correspondía, fue puesto sobre él. Dios se ocupó de *nosotros* en la persona de nuestro Sustituto. Todo el pecado de nuestra naturaleza y todos los pecados de nuestras vidas –todo lo que somos y todo lo que jamás hemos hecho– le fue imputado. Él nos representó y fue tratado en consecuencia.

Díganme, queridos lectores, ¿les ha enseñado esto el Espíritu de Dios? ¿Lo han recibido, con fe sencilla, con toda la autoridad de la Palabra de Dios?

5 - La consecuencia para el creyente: una paz inquebrantable

Si es así, deben disfrutar de una paz inquebrantable –una paz que ningún poder de la tierra ni de la Gehena, ni los hombres ni los demonios, podrá perturbar jamás. Ese es el verdadero y único fundamento de la paz del alma. Es totalmente imposible que un alma tenga verdadera paz con Dios mientras no haya comprendido que Dios mismo ha resuelto toda la cuestión del pecado y de los pecados en la cruz de su Hijo.

Dios sabía lo que era necesario y se encargó de ello. Hizo recaer sobre Cristo todo el peso de nuestras iniquidades. Dios y el pecado se encontraron en la cruz. Allí, toda la cuestión fue examinada divinamente y resuelta de una vez por todas. El «pecado» fue juzgado, al igual que los «pecados».

6 - La resurrección y la exaltación de Cristo

Aquel que llevó el pecado fue sumergido por las olas y las mareas de la ira divina. Dios lo llevó al polvo de la muerte. El pecado fue tratado de acuerdo con las exigencias infinitas de la naturaleza, el carácter y el trono de Dios; y ahora, Aquel que fue hecho pecado por nosotros, y juzgado por nosotros, está a la diestra de Dios, exaltado, coronado de gloria y honor; y la misma corona que adorna Su bendita frente es la prueba de que él ha llevado a cabo la purificación de los pecados, de modo que, antes de que un solo pecado pudiera ser imputado al creyente, esa corona tendría que ser quitada de la cabeza del amado Salvador resucitado.

7 - El amor de Dios revelado en la Cruz

Pero hay otro elemento de un valor y una dulzura inefables que debe tenerse en cuenta al responder al misterioso «¿Por qué?» de Aquel que fue abandonado. Es el asombroso amor de Dios hacia nosotros, pobres pecadores: un amor que le llevó no

solo a entregar a su Hijo, venido del cielo, sino también a martirizarlo y abandonarlo en la cruz.

¿Por qué hizo esto nuestro Dios? Porque no había otra forma posible de que pudiéramos escapar. Se trataba, o bien de tormentos eternos para cada uno de nosotros, o bien de una ira infinita para Aquel que cargó con nuestros pecados.

¡Alabado sea Dios por sus designios eternos! Y por eso el lugar que ahora ocupa Cristo, resucitado de entre los muertos, «a la diestra de Dios» (Hebr. 12:2), es ahora el lugar donde todos los que creen verdaderamente en él pueden contemplarlo!